





La escritura y el lugar: errante como un deseo

Alma Bolón

Facultad de Humanidades
Universidad de la República



27

“Fedro —Y tú, asombroso amigo, tú eres muy original. Se diría que de verdad eres, según tus palabras, un extranjero que hay que guiar y que no eres de aquí. Eres tan casero que nunca atravesaste la frontera e inclusive parece que nunca hayas salido fuera de las murallas. Sócrates —Admítame esta rareza, buen amigo mío; su causa es mi deseo de instruirme; porque ni los campos ni los árboles quieren enseñarme algo, pero sí los hombres que están en la ciudad.”

Fedro, Platón (230b-e).

“No se fie, che, de la contemplación absorta de un tulipán cuando el contemplador es un intelectual. Lo que hay allí es tulipán + distracción, o tulipán + meditación (casi nunca sobre el tulipán). Nunca encontrará un escenario natural que resista más de cinco minutos a una contemplación ahincada, y en cambio sentirá abolirse el tiempo en la lectura de Teócrito o de Keats, sobre todo en los pasajes donde aparecen escenarios naturales.”

“Lucas, sus meditaciones ecológicas”, *Un tal Lucas*, Julio Cortázar.

“Ninguna de nuestras emociones es franca.

Alegrías, dolores, amores, venganzas, nuestros sollozos, nuestras risas, las pasiones, los crímenes; todo ha sido copiado, ¡todo!

El Libro está ahí.

La tinta flota en este mar de sangre y de lágrimas.

A menudo esto es alegre, a veces triste. Pero a través de los desechos, las flores, las vidas fallidas, las muertes deseadas, el Libro, siempre el Libro.”

“Les victimes du livre”, Jules Vallès, *Le Figaro*, 9 de octubre de 1862.

0. La cárcel ambulante

El adagio latino *verba volant, scripta manent* declara la volatilidad de la palabra oral –destinada a desvanecerse en cuanto ha llegado a ser– junto con la permanencia de la escritura, atrapada en su materialidad inerte. Esta declaración parece adecuarse a nuestra experiencia de la oralidad, siempre en fuga y siempre inasible, patentemente opuesta a la parálisis que aqueja a la escritura, confinada en su letra.

Sin embargo, esta sentencia latina es puesta en entredicho por la común experiencia de la escritura como errancia, deriva, dislocación: como materialización de un irreparable fuera de lugar. Porque la escritura es lo que llega de otro lugar y de otro tiempo, es lo que porta las marcas de lo que ya no es y ya no está: un sujeto que enunció, un lugar y un tiempo otros. Por muy cercano que sea, este intervalo alcanza para constituir una escritura, para exhibir la marca de una ausencia, la huella de un recorrido.

Se produce entonces una doble evasión: la que ocurre para que la escritura llegue al lector y la que sucede para que éste llegue a aquélla, arrancándolo de su aquí y ahora. En ese sentido, toda lectura es evasiva y leer es seguir un plan de evasión.

En las páginas que vienen me remontaré hasta el *Fedro* –el diálogo platónico que inaugura esta perspectiva de comprensión de la escritura– para luego considerar en qué medida puede entenderse “El inmortal”, de Jorge Luis Borges, como una ficcionalización de la errancia de la letra. A continuación, siguiendo a Walter Ong, discutiré la pretendida pasividad de la escritura, atributo que se desprende de su quietud inerme. Esta perspectiva permitirá ensayar algunas opiniones sobre la profundidad de la huella ágrafa en nuestra sociedad. Acto seguido, apoyándome en Jacques Rancière, sostendré que esa ausencia de destinación, que el *Fedro* identifica en la escritura, brilla con fuerza a partir de la Revolución Francesa, cuando la indiferencia de origen y de destinación –de cualquiera para cualquiera– pasa a ser el modo de funcionamiento de lo que entonces empieza a llamarse literatura. Con esto, interrogaré la posibilidad de existencia de ese régimen de funcionamiento de la escritura –de cualquiera para cualquiera– en una sociedad, como la uruguaya, tejida por las relaciones persona a persona, en parcelas crecientemente fragmentadas. Concluiré con la presentación de Jules Vallès, cuya escritura nace y crece en la aversión al libro y al saber letrado, hecho de una materialidad –la tinta– que simula y traiciona a la sangre y a las lágrimas.

1. De Tebas la Egiptia a las afueras de Atenas

El Fedro figura entre los primeros textos en los que se discute sobre la palabra escrita, en su diferencia con la oral. Sócrates se topa con Fedro, que viene de una reunión en casa de su amigo Lysias; ante la curiosidad de Sócrates, Fedro propone ir a sentarse a la sombra de un plátano frondoso, a orillas de una fuente, para así poder leer a su amigo el discurso sobre el amor compuesto por Lysias. Terminada la lectura, maestro y discípulo discurren.

Suele decirse que este diálogo platónico reúne una multiplicidad de géneros discursivos: plegarias, narraciones, piezas argumentativas, etcétera; y de temas: el amor, la inmortalidad del alma, la retórica, la escritura. Jacques Derrida, en *La pharmacie de Platon*, devela una trama en que el amor considerado es primordialmente el amor a la escritura, en su doble condición de *pharmakon*: veneno y medicina.¹

No obstante, es recién sobre el fin del diálogo que la cuestión de la escritura es tratada explícitamente, cuando Sócrates narra un mito vinculado con Thoth, el antiguo dios egipcio con cabeza de ibis, inventor de los números, el cálculo, la geometría, la astronomía, los dados y la escritura. Un día, cuenta Sócrates, Thoth se dirigió al alto Egipto, a la ciudad que los griegos llamaban Tebas la Egiptia, y le presentó al rey sus inventos, diciéndole que era necesario difundirlos entre los egipcios. El rey se puso entonces a preguntarle por la utilidad de cada una de esas artes, dando lugar a muchas deliberaciones, tan engorrosas de consignar, advierte Sócrates, que él se limitará a relatar las palabras con que el dios encomia la escritura: “La enseñanza de la escritura, oh, rey –dijo Thoth–, acrecentará la ciencia y la memoria de los egipcios, porque yo he encontrado el remedio [*pharmakon*] del olvido y de la ignorancia”.

A pesar de la promesa de sabiduría que acompaña a este invento, el rey entiende que la virtud publicitada no es tal, sino que, por el contrario, la escritura producirá olvido en las almas, al llevarlas a descuidar la memoria y confiar en lo externo, en los caracteres extranjeros que vienen de fuera (274c-274b).

A esta crítica sucede otra: la escritura es como la pintura, cuyos productos parecen provistos de vida pero que sin embargo alcanza con dirigirles una pregunta para que su grave silencio delate su falta de vida. Semejantemente, los discursos escritos, que parecen hablar como personas inteligentes, de ser interrogados, se limitarán a responder monótonamente una misma cosa.

1. Restrinjo a estas brevísimas líneas la referencia al análisis de Derrida, aunque mi trabajo le es enteramente deudor, empezando por la desviada expresión “errante como un deseo”, que llega hasta aquí desde *La pharmacie de Platon*: “Ce démocrate errant comme un désir ou comme un signifiant affranchi du logos, cet individu qui n'est même pas régulièrement pervers, qui est prêt à tout, qui se prête à tous [...]” (1972: 166-7).

La monotonía insistente del discurso escrito revela su orfandad: una vez producido, el texto escrito se echa a rodar solo –desprovisto del socorro de su padre–, por lo que no puede repeler un ataque ni defenderse, cosas que sí puede hacer la palabra oral, siempre asistida por la atención alerta y plástica de su creador, siempre amorosamente dirigida a un interlocutor que como tal fue elegido.

Más gravemente, la palabra escrita, desprovista de la presencia vigilante del padre, queda inerte ante sus destinatarios o, peor aun, deja de tener destinatarios previstos, deja de estar previamente destinada: puede ir a parar a cualquier lado, con cualquier lector inimaginado (275e).

2. De Tebas Hekatómpylos/la Egiptia al mundo

“El inmortal” abre *El aleph*, el libro borgesiano quizás más difundido. En ese cuento se narra la búsqueda de la inmortalidad, su obtención y el consecuente deseo de retorno a la condición mortal, por parte de Marco Flaminio Rufo.

Plagado de citas –contrabandeadas y declaradas–, calificado de “centón” y de “*coat of many colours*” en una supuesta “Postdata de 1950”, el cuento es interpretable como un ejercicio de ficcionalización de la condición de autor y de la autoría que un autor puede reclamar en su texto, o como una exploración, por los caminos de la ficción, de los derechos (textuales) de autor.

Pero también el texto de Borges anecdotiza la ausencia de destinación del texto escrito: las peripecias de Marco Flaminio Rufo figuran en un manuscrito, redactado en inglés y con abundantes latinismos, que la princesa de Lucinge encontró en el último tomo de *La Iliada* traducida por Alexander Pope y que esta princesa compró en Londres, en 1929, a Joseph Cartaphilus, anticuario nacido en Esmirna, que se manejaba “con fluidez e ignorancia en diversas lenguas” (incluidas “una conjunción enigmática de español de Salónica y de portugués de Macao”) y posteriormente muerto en el mar al regresar a Esmirna en el navío Zeus y enterrado en la isla de Ios. (De hecho, Joseph Cartaphilus es uno de los muchos nombres con que la leyenda identifica al “judío errante”).

En el inicio del manuscrito que relata sus aventuras, Marco Flaminio Rufo dos veces escribe: “Que yo recuerde, mis trabajos empezaron en un jardín de Tebas Hekatómpylos, cuando Diocleciano era emperador [...]. Mis trabajos empezaron, he referido, en un jardín de Tebas”.

Se recordará: Sócrates cuenta a Fedro que el diálogo entre Thoth y el rey a propósito de la escritura tuvo lugar en Tebas la Egiptia, dicho de otro modo, Tebas la de las Cien Puertas, Tebas Hekatómpylos. También se recordará que el diálogo sobre la escritura que mantienen Thoth y

el rey es contado por Sócrates a Fedro en un jardín, según nos cuenta Platón a nosotros, sus inimaginables lectores.

Una vez materializado, el manuscrito se echa a rodar y atraviesa siglos, continentes e idiomas, sin fuerzas para elegir a sus destinatarios.

3. La voz moldeada por la letra

En la segunda mitad del siglo xx, Walter Ong, considerando una suma importante de conocimientos sobre la escritura, establece una distinción esclarecedora. Para esto, Ong debe contrariar la muy arraigada “intuición” según la cual la escritura no sería más que un sistema segundo, pura representación de una instancia primera que la determina y a la cual se debe: puro registro pasivo, inerte e inerte de la instancia vital a la que se sujeta –la oralidad–, sostenida por la vitalidad plástica de la presencia.

Según esta “intuición”, heredada de la tradición platónica (*cf supra*), la escritura funciona bajo el régimen de la ausencia (su padre se presenta como ausente) por lo que queda confinada a la rigidez de su repetición monótona. Nótese cómo, con el texto escrito, funciona sin inconveniente buena parte del vocabulario de la muerte: ausencia, rigidez, inercia, desamparo, pasividad. De manera complementaria, la palabra oral se ve atribuir las cualidades adjudicadas a las formas vivas: presencia, plasticidad, actividad.

Ong pone en tela de juicio esta manera de ver, que hace de la escritura un reflejo pasivo –y degradado– de la oralidad. Para eso, Ong muestra que el discurso/pensamiento difiere en sus dinámicas según se trate de un discurso/pensamiento que se plasma en una sociedad con escritura o en una desprovista de ella. Dicho de otra forma: la oralidad de una lengua provista de escritura tiene rasgos diferentes de la oralidad de una lengua carente de escritura, porque la escritura trabaja a la oralidad, la moldea.

(Ong da el nombre de “oralidad secundaria” a aquella que se desarrolla en una sociedad con escritura, y el de “oralidad primaria” a la que existe en sociedades sin escritura.)

Esta distinción problematiza la visión de la escritura como producto secundario, derivado y pasivo, puesto que afirma que la existencia de la escritura formatea la oralidad; la escritura actúa sobre la oralidad, modifica sus rasgos, por lo tanto, no es su representación pasiva. Consideremos algunos de los rasgos que se modifican, según exista o no exista escritura.

La separación que instaura la escritura –el texto escrito al formularse deja de formar un todo con su autor– favorece la posibilidad de la crítica



y de la experimentación, por cuanto el peligro de destrucción del conocimiento acumulado se aleja, al existir un soporte, externo a la memoria, en donde depositarlo. En consecuencia, se valora la experimentación y el análisis, mientras se desdeña la repetición de fórmulas fijas, recurso imprescindible cuando la memoria del individuo es el único soporte en que se conserva el conocimiento.

La posibilidad de lo escrito de explayarse en el espacio favorece la aparición de estructuras sintácticas complejas, susceptibles de plantear vínculos que no son los de la simple coordinación (fue a la feria y compró naranjas y las pagó y se encontró con un conocido y...). Por esto, las sintaxis de un Marcel Proust o de un Juan Carlos Onetti son inconcebibles fuera del régimen de la lengua escrita. La posibilidad de invertir el sentido de la marcha que la escritura encuentra en el espacio –imposibilidad de la lengua oral, montada sobre el hilo del tiempo– habilita una multiplicidad de juegos con la temporalidad, con las perspectivas enunciativas, con las digresiones recursivas.

La abstracción inherente a la escritura favorece el desarrollo del pensamiento abstracto. Por cierto, el conocimiento de un sistema de signos exclusivamente oral ya supone un pensamiento abstracto. Por ejemplo, quien aprendió a hablar español indefectiblemente aprendió que, en este idioma, la palabra “alquilar” es lo suficientemente abstracta como para referir a experiencias concretas tan opuestas como recibir dinero por la posesión de una propiedad o entregar dinero por no poseer esa propiedad; o aprendió que la palabra “azul” es lo suficientemente abstracta como para acompañar otras extremadamente dispares: “sangre”, “cielo”, “libro”, “costa”, “príncipe”, etc. Justamente, Funes el memorioso, el personaje de Borges, al desarrollar su prodigiosa memoria, perdió la capacidad de abstraer inherente al hablar, por lo que ya no pudo ver que la palabra “perro” era lo bastante abstracta como para designar al perro que iba y al perro que venía, al perro de las tres de la tarde y al perro de las tres y cuarto. El conocimiento de un sistema de signos escritos supone un acrecentamiento de esa abstracción que ya está en juego en la lengua oral.

Ong observa entonces que la existencia de la escritura alienta formas del pensamiento desligadas del aquí y ahora ínsitos en la oralidad; al desanudarse del aquí y ahora de la palabra oral, la palabra escrita es susceptible de mayor abstracción y concibe lo que existe desasido del “mundo humano vital” inmediato. Por ejemplo, la concepción de listados de entidades que solamente existen juntas en el impalpable espacio producido por la escritura (por ejemplo: “barra”, “vara”, “raba”, “abra” ...); o la concepción de manuales, es decir obras en las que el conocimiento no se dirige a un aprendiz presente sino a un estudiante ausente, y por eso mismo indeterminado, abstracto, disociado de las circunstancias en

que el manual en cuestión fue producido; o la concepción de diccionarios en los que se encierran no solo los sentidos actuales y efectivos de las palabras, sino también los sentidos pasados, obsoletos, perimidos, ajenos, extranjeros, peregrinos: sin funcionalidad inmediata reconocible, desasidos del mundo vital inmediato.

En ese sentido, sostiene Ong, la incorporación al alfabeto semítico de las letras que representan fonemas vocálicos, incorporación realizada por los griegos, es comparable a la invención del silogismo y, podríamos agregar, de la geometría. Supone un análisis formal, supone el reconocimiento de relaciones cuya formulación es independiente de, y a veces opuesta a, su percepción sensible. (Nuestros oídos nos proveen de una infinitud de sonidos “o” diferentes entre sí; la genialidad de los inventores de la escritura alfabética consistió en desdeñar todas las diferencias asistemáticas y en retener únicamente las diferencias que operando, por ejemplo en español, permiten distinguir “coso” y “casa”; o “piso”, “peso”, “paso”, “puso”, “poso”; o “mato”, “nato” y “ñato”).

Se desprende entonces que lo correspondiente con una sociedad sin escritura –una sociedad de oralidad primaria– es un universo discursivo acrítico, conservador, repetidor de fórmulas fijas, afecto a la función fática (la función orientada hacia el canal de transmisión), apegado a las circunstancias humanas vitales más inmediatas, indiferente o desdeñoso del movimiento que separa y abstrae del aquí y ahora. Desdeñoso, también, de la reflexión metalingüística, capaz de interesarse en abstracciones tales como la relación entre un verbo y su complemento, o capaz de apasionarse por las sílabas de la palabra “martillo”, en lugar de atender la calidad del metal y de la madera de esa herramienta, su valor en el mercado y su productividad.

La oposición de Ong es binaria; sin embargo, este autor señala la presencia de una en la otra, identifica huellas de una en otra. (Así, por ejemplo, el apego al lenguaje formulaico, típico de la oralidad primaria, que aparece en sociedades de oralidad secundaria, es decir, en sociedades provistas de escritura: “el glorioso 4 de julio”, “la gloriosa revolución de octubre”, “el año de la orientalidad”, “el año del bicentenario”).

4. La voz librada a la voz

¿Cómo medir la profundidad de la huella de la oralidad primaria en la sociedad uruguaya? ¿En qué medida nuestro universo discursivo oral es trabajado por las dinámicas de la escritura?

La presencia de lo que Sandino Núñez llama “el imperativo de la comunicación” se resume en una suerte de tránsito imparabile del “poder

comunicarse” al “deber comunicarse”.² Este imperativo se potencia gracias a la proliferación de la tecnología; no obstante, quiero señalar cómo su funcionamiento se asemeja a lo que el etnólogo Bronislaw Malinowski llama “comunidad fática” y que estudia en comunidades melanesias entregadas al intercambio de fórmulas rituales que componen la parte preponderante de su universo discursivo. Como se sabe, Roman Jakobson se apoya en dichos estudios etnológicos para teorizar la función fática, es decir, aquella función que se manifiesta cuando el enunciado, orientado hacia el canal de transmisión, procura abrir ese canal, o mantenerlo abierto. En ese sentido, las conversaciones ocasionales sobre el frío, el calor, la humedad o el viento ejemplifican esta función; desprovistas de valor cognitivo o expresivo (lo exclamativo les es inherente, por lo tanto insignificante), su “comunicación” se agota en la constatación del funcionamiento del canal de transmisión, en el puro ida y vuelta. Semejantemente, la proliferación de “mensajitos” sin otro sentido que la puesta en marcha compulsiva del circuito suele afirmar la infalible disponibilidad para la nada del canal de transmisión. Por lo menos en esto, nos acercamos a las comunidades melanesias (de oralidad primaria, según los términos de Walter Ong) en las que Malinowski identificó el predominio de ese decir orientado hacia la apertura o mantenimiento del canal de transmisión. Sin duda, en esto, la sociedad uruguaya, globalización mediante, no se diferencia de otras: “el imperativo de la comunicación” que se verifica en la preeminencia de la función fática no es su exclusividad. Pero, sin duda también, hay una modulación peculiar de lo global que nos deja peculiarmente desguarnecidos, con las amortiguaciones vencidas y, por lo tanto, particularmente expuestos al embate.

La profundidad de esta huella también es medible en el amparo que proporciona el lenguaje formulaico a quienes en él se resguardan; o en el culto desmedido a “la realidad”, entendiendo comúnmente por esto una serie de afirmaciones que se fueron solidificando en la repetición. O en la reducción de las ambiciones de la enseñanza a “las necesidades de la sociedad”, entendiendo por esto el montón de hilachas que deja el engranaje triturador de “las necesidades del mercado de trabajo”.

O en el carácter cuasi testimonial que adquirieron en Uruguay las disciplinas que, sustrayéndonos del aquí y ahora –abstrayéndonos del mundo humano vital inmediato–, interrogan el presente desde fuera de los lugares comunes que lo conforman. Actualmente, el carácter residual de la filosofía, la historia y la literatura en la sociedad uruguaya permite calibrar la profundidad de la huella de la oralidad primaria

2. Entre otros, remito a sus libros *El miedo es el mensaje* y *Prohibido pensar*. En particular, véanse los términos imperantes: “Puedo expresarme: luego debo tener forzosamente algo para expresar”, frase “en la que cabe toda la monótona diversidad de la galaxia comunicativa”, dice Sandino Núñez (2008: 9).

entre nosotros. Ni qué decir sobre la pobreza corriente de nuestras prácticas metalingüísticas, que hacen del lenguaje una instancia transparente, atravesable con la indiferencia con que la mirada atraviesa el vidrio de una ventana, antes de conmovirse con lo que éste deja ver.³

Prácticamente expulsadas, en nombre de las exigencias perentorias de “la realidad”, de la enseñanza primaria y media, confinadas a una facultad de escaso vínculo instituido con el mundo laboral, la filosofía, la historia y la literatura funcionan como los residuos, por no decir los desechos, que arroja la convivencia democrática, que impone la tolerancia, más o menos impaciente, hacia lo inservible, lo inútil, lo improductivo.

Justamente, las disciplinas asentadas en la escritura –que hacen de la escritura su materia prima y su producto, su punto de partida y su destino, su acto y su circunstancia, su acontecimiento y su interpretación– son las que se encuentran hoy emplazadas en nombre de un alucinado e intimidante “aquí y ahora”.⁴

5. De cualquiera a cualquiera

Jacques Rancière sostiene que el paso de la denominación “*belles lettres*” a “literatura” no fue solo un cambio de nombre sino un cambio de



3. En *Pobres palabras. El olvido del lenguaje* estudié, en un corpus oral y escrito, las prácticas metalingüísticas de hablantes uruguayos. Permanecen las conclusiones de entonces; entre otras, señalé el carácter “libresco” o “intelectual” de la escritura del semanario *Brecha*, atento, a través del comentario metalingüístico y del juego con las palabras, a las expresiones que emplea. Muy recientemente (16 de setiembre de 2011) un informativista de una emisora uruguaya comentó, estando en el aire, no entender el titular de la portada de *Brecha* correspondiente a esa semana, que decía “Al Pacone” sobre una foto del empresario del fútbol Paco Casal. Habrá que suponer que el informativista ignoraba la existencia de Al Capone, que corresponde al saber del siglo pasado y a cuyo conocimiento se accede a través de la lectura o del cine no inmediatamente actual; a menos que se suponga que para este informativista los nombres son etiquetas, imposibles de despegar, sobre los seres y los objetos. En cualquiera caso, está en juego la condición “escrita” –intelectual– del semanario *Brecha*. Y puede interpretarse que su acostumbrado temblequeo financiero también delata la profundización en nosotros de la huella de la oralidad primaria. “Para entender, hay que leer”, pregona el eslogan publicitario del semanario, reivindicando el rasgo que lo distingue, para beneficio de sus lectores y para pena de sus finanzas. Más recientemente, intenté mostrar la invisibilidad del lenguaje en un manual de enseñanza de la historia nacional reciente (cf bibliografía). Como se recordará, la función metalingüística –la actividad que da visibilidad al lenguaje– está íntimamente asociada a la oralidad secundaria.

4. Por cierto, el presente es intimidante en todos lados, en todos lados nos emplaza a rendirnos ante su imperativo arrollador. Por eso, la sumisión al “imperativo de comunicación”, el apego al lenguaje formulaico, la indiferencia desdeñosa a otros aquí y a otros ahora o la celebración incansada de lo inmediato distan de ser exclusividades uruguayas. Sin embargo, el estrechamiento de los márgenes que alguna vez hubo –el adelgazamiento de las fuerzas amortiguadoras– acarrió una especie de entrega sin reservas a ese presente, que se constituyó en la asunción extremista de la reforma de Rama, del Plan Ceibal, de la vituperación a maestros y profesores. La dificultad para interpretar, el apego al lugar común o a la comprensión literal (“un alfabeto digital” es un “analfabeto”, “todo cambia” es “todo debe cambiar”), sin margen ni amortiguación –sin distancia crítica–, señalan la debilidad de la instancia reflexiva, deslocalizadora y abstracta de lo escrito.

régimen, una redistribución de lo sensible, una reconfiguración de la relación entre las palabras y las cosas, entre lo decible y lo visible.

Por esta reconfiguración, aquellos que solo participan en “el mundo de la vida”, los seres cualesquiera, dedicados sin más a la reproducción monótona del “mundo de la vida”, se vuelven decibles y visibles al pasar a ubicarse junto a quienes participan en “el mundo de la acción”: aquellos cuyo accionar es objeto de imitación desde la *Poética* aristotélica, aquellos con quienes se demuestra la superioridad de la acción sobre la vida a secas, la vida muda. Esta redistribución de lo decible –de lo cantable, de lo que puede ser objeto de canto– también atañe a la destrucción de las jerarquías entre los géneros, entre las palabras, entre los estilos.

También, la asunción, a partir de 1800, del término “literatura” con los sentidos hoy conocidos supuso un cambio en el régimen de producción y de circulación de los objetos designados con ese nombre. Dice entonces Rancière: “La literatura es ese nuevo régimen del arte de escribir en donde el escritor es cualquiera y el lector es cualquiera”. Ese “nuevo régimen” puede ser diferenciado del de, por ejemplo, Corneille, cuya obra se dirigía a un público de príncipes, generales, magistrados y predicadores, es decir, a un público compuesto por quienes actúan con y por la palabra. Ese antiguo régimen de la palabra es añorado por Voltaire, al constatar que su propio público ya no son los magistrados ni los príncipes ni los predicadores, sino “cierto número de hombres y mujeres jóvenes”, es decir, cualquiera: la masa dedicada a la repetición monótona del mundo de la vida.

Por esto, proseguirá Rancière, “la literatura es el reino de la escritura, de la palabra que circula por fuera de cualquier relación de destinación determinada”. Así visto, uno puede entender que “hacer” la Revolución Francesa también consistió en cambiar de tal manera el régimen de producción de la obra poética (por usar esta denominación que viene de lejos) que ésta pasó a funcionar bajo el régimen, propio de la escritura y ya revelado por Sócrates en su conversación con Fedro, de la más absoluta ausencia de destinación. En otras palabras, quizás deba entenderse que “literatura” es el nombre de la obra poética forjada bajo el régimen de ausencia que caracteriza a la escritura. “Literatura”: nombre de la mayor compenetración imaginable entre obra poética y escritura, nombre de la obra poética echada a rodar desprovista de la asistencia del padre, desprovista de criterios discriminadores y de jerarquías ordenadoras. Obra potencialmente de todos para todos o, mejor, de cualquiera para cualquiera.

6. En el círculo por donde corre la sangre

Así visto, ¿qué suerte puede correr este régimen de producción de la literatura pautado por el “de cualquiera para cualquiera”, en una sociedad de nutridas relaciones interpersonales, en la que difícilmente y cada vez menos, dada la incesante profundización de la fractura social, nadie puede ser “cualquiera” ni imaginar a “cualquiera”. En una ciudad –Montevideo– con sus espinazos cada vez más rotos, con su tontovideana celebración de “tribus urbanas” y de “multiculturalismos” sometidos a fragmentaciones sin fin, con su vocación cosmopolita atrofiada, ¿cómo llegar a ser cualquiera para cualquiera? A la extrema personalización de los vínculos –al peso aplastante de las relaciones interpersonales– corresponde de manera inexorable la devastadora indiferencia, en cuanto se traspasa el umbral del aquí y ahora que delimitan al círculo inmediato. En el Montevideo actual se existe dentro de círculos, entramados de relaciones interpersonales en los que se tejen los destinos personales. Cárceles para unos, títulos universitarios para otros, consumo en Punta del Este o en Goes o en Casabó. Estos nombres propios no solo nombran diferencias económicas; también y sobre todo nombran círculos, es decir lugares cerrados en los que se va tramando cada existir, forjado por el reconocimiento de los otros, también en el círculo, fuera del que hay indiferencia o amenaza. Esta disyuntiva de hierro parece excluir la posibilidad francamente democrática de la literatura en tanto que palabra que llega siempre de un allende inasignable pero significativo, de un afuera abierto pero habitado: palabra de cualquiera para cualquiera. En una época, la escuela pública permitió imaginar y experimentar ese encuentro, al suspender los letales vínculos persona a persona, al mediarlos con el diariamente interpuesto amor al saber, con el libro y con la escritura como vectores de cualquiera para cualquiera.

En el correr de 2011 se intentó desarrollar un proyecto institucional destinado a poner en circulación un número importante de libros. Consistía en dejar, en lugares públicos y de fácil acceso, un libro, que debía ser anónimamente recogido, leído y vuelto al circuito. Hasta donde sé, el proyecto no prosperó; seguramente, un cúmulo de razones explica la falta de éxito. Entre éstas, no habría que descartar que esta forma de distribución de la lectura en el tejido urbano, al encarnar parte del sentido propio de la escritura (de cualquiera para cualquiera), coarta el idiosincrásico persona a persona que circula en el círculo.

7. La tinta traicionera

Jules Vallès nació en 1832 y murió en 1885, fue periodista y novelista, alcalde y diputado durante la Comuna de París, derrotado, condenado a muerte, exiliado en Londres. En su trilogía novelística –*L'enfant*, *Le bachelier*, *L'insurgé*– se hace oír una voz rabiosa –“elocuente y brutal”, “ruda y cálida”, dirá Verlaine– que en cuanto puede lanza pestes contra la educación y los libros, en particular los de autores clásicos.

Vallès dedica *L'enfant* “A aquellos que se pudren de aburrimiento en el colegio, aquellos a los que se hizo llorar en la familia, aquellos que durante la infancia fueron tiranizados por sus maestros o zurrados por sus padres”. En *Le bachelier*, la dedicatoria es “A aquellos que alimentados de griego y de latín murieron de hambre”. *L'insurgé*, más convencionalmente, está dedicado “A los muertos de 1871, a las víctimas de la injusticia social que tomaron las armas contra un mundo mal hecho y formaron, bajo la bandera de la Comuna, la gran federación de los dolores”. Las tres dedicatorias nombran diferentes formas del par víctima/verdugo; si la víctima puede permanecer sin identificar dentro del genérico “víctimas” o “aquellos quienes”, los verdugos pueden ser nombrados: colegio, familia, maestros, padres, antigüedad griega y latina, injusticia social, mundo mal hecho.

Entre los verdugos nombrados en estas dedicatorias reconocemos varias instituciones cuya fuerza alienante fue profusamente explicada en el siglo xx: colegio, familia. Esta línea denunciatoria de los efectos doblegadores de la enseñanza familiar y escolar es constante en la obra de Vallès. Por ejemplo, apenas comenzado *L'enfant*, se relata un episodio aleccionador. Durante una velada apacible, la familia está reunida alrededor del hogar; la madre teje y el niño mira cómo su padre talla en una madera un juguete que le regalará. De pronto, el cuchillo escapa de la mano, el padre se hiere y sangra, el niño se acerca a ayudarlo, la madre empuja al hijo y le da un coscorrón, exclamando: “Es por tu culpa que tu papá se lastimó”. Mientras su padre es atendido, el niño pasa de imaginarse como un parricida de 5 años a razonar que el accidente no es responsabilidad suya. Finalmente, la solución del dilema aparece en la conclusión del fragmento: “Me enseñan a leer en un libro en donde está escrito, en letras bien grandes, que hay que obedecer a sus padre y madre: mi madre hizo bien en pegarme”.

La injusticia es triplemente injusta: no solo la víctima es un niño pequeño, no solo el verdugo es la madre del niño, sino que, sobre todo, la víctima se ve a sí misma según los ojos del verdugo, a quien le adjudica una razón de la que éste carece. Coronando el episodio, el libro –un texto escolar– funciona como el instrumento de la doblegación máxima, de la alienación absoluta, puesto que es en letra de molde que el niño

encuentra el sentido último de lo que acaba de vivir en su casa: el reconocimiento de que la razón está del lado de la autoridad.

La reflexión final del niño materializa ejemplarmente lo que casi un siglo más tarde será explicado en términos de “interpelación ideológica”: la ideología interpela al individuo en sujeto, sujetándolo (la ideología lanza: “tú que eres buen hijo sabes que los padres siempre tienen razón”; y alguien responde: “es a mí que me están hablando”, identificándose con la imagen brindada por la ideología, sujetándose al amparo que brinda: “eres un buen hijo”). Las posturas del Louis Althusser de “Ideología y aparatos ideológicos de Estado”, en particular las relativas a la interpelación que realiza la ideología y a la función reproductivista de las fuerzas productivas que lleva adelante la escuela (así como las denuncias del “reproductivismo” que hace Pierre Bourdieu) parecen materializadas en ese breve episodio de *L'enfant*. El libro, resumen intenso de la escuela, hace que el niño aliene su propio ser, al punto de pensar en su contra, al adoptar como discurso finalmente legítimo el discurso de su verdugo.

Con *Le bachelier*, los acusados ya no son los textos escolares sino los autores clásicos, exigentes, por su propia condición, de respeto y reverencia. Desde la dedicatoria –“a quienes alimentados de griego y de latín murieron de hambre”– y el incipit –“Soy una persona con educación”–, hasta el final en que el personaje acepta un puesto de bedel en un liceo como quien se pasa a filas enemigas (en consonancia, el título del último capítulo es “Me rindo”), la novela incrimina los conocimientos librescos, servidos por la tradición escolar.

Previsiblemente, ya los contemporáneos de Vallès, como en el siglo siguiente los de Althusser y de Bourdieu, hacen oír su desacuerdo, revelando la paradoja de estas posturas, cuya mera posibilidad de existencia delata que la escuela (y la familia) denunciada no solamente son instancias de alienación y de doblegamiento, sino también de emancipación y de resistencia, como Vallès y Althusser lo ilustran ejemplarmente.

Por ejemplo, Jean Richepin, poeta y novelista, publica una reseña de *Le bachelier* en que, luego de proclamar su admiración por la maestría literaria de Vallès (lo declara “uno de los maestros de la prosa francesa”), muestra lo insostenible de la posición que éste se place en adoptar. Porque, dice Richepin, esos conocimientos fustigados no solo permitieron que Vallès pudiera sobrevivir sin mendigar, sino que le dieron el gusto de escribir, “ese deseo de borrar cuartillas, ese afán de hacer vivir las palabras, esa pasión que lo hizo sufrir como cualquier pasión hace sufrir, pero que Vallès pudo satisfacer y que por sí sola constituye su grandeza”. Richepin emplaza a Vallès a que responda si sinceramente cambiaría su suerte por la de “un Jules Vallès dueño de un pequeño almacén de suburbio, que consume su vida pesando y despachando dos

vintenes de pimienta, tranquilo y feliz, sin haber tenido nunca un minuto para pensar”.

Richepin propone entonces trasladar la discusión a un ámbito más amplio, propiamente político y asombrosamente contemporáneo: “En suma, se trata de saber qué sistema de educación es preferible, aquel que inmediatamente pone entre las manos una herramienta de trabajo o aquel que abre a todo el mundo los más vastos horizontes”.

Y luego de pesar los pros y los contras, concluye Richepin que, aunque sueño irrealizable, siempre será mejor aspirar a “la elevación general”, y que al grito vallesiano de “no más bachilleres” debería responder un “todo el mundo bachiller”.

Claro que Jules Vallès nunca parece demasiado “víctima” de los libros. Así, si la condición “verduga” del libro queda declarada en “Les victimes du livre”, artículo periodístico de 1862, el trágico par víctima/verdugo vira hacia la farsa en la exclamación vallesiana: “Las víctimas del libro, ¡qué libro para hacer!”.



- ALTHUSSER, Louis. “Idéologie et appareils idéologiques d’État”, en *La Pensée*, número 151. París: junio de 1970.
- BOLÓN, Alma. *Pobres palabras. El olvido del lenguaje*. Montevideo: Universidad de la República, 2002.
- “La historia en transparencia: el manual escolar de Carlos Maggi y Leonardo Borges”, en *Detenerse ante las palabras. Estudios sobre la enunciación*, Jacqueline Authier-Revuz. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 2011.
- BORGES, Jorge Luis. “El inmortal”, en *El aleph* [1949]. Buenos Aires: Emecé, 1978.
- DERRIDA, Jacques. “La pharmacie de Platon”, en *La dissémination*. París: Seuil, 1972.
- LABOURER, Denis. Prefacio de *Les victimes du livre. Écrits sur la littérature*, Jules Vallès. París: La Chasse au Snark, 2001.
- NÚÑEZ, Sandino. *El miedo es el mensaje*. Montevideo: Amuleto, 2008.
- *Prohibido pensar*. Montevideo: Hum, 2010.
- ONG, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra* [1982]. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. Traducción de Angélica Scherp.
- PLATÓN. *Phèdre*. París: Gf-Flammarion, 1964. Traducción de Émile Chambry.
- RANCIÈRE, Jacques. *Politique de la littérature*, París: Galilée, 2007.
- RICHEPIN, Jean. “*Le bachelier* jugé par J. R.” [1881], en *Le bachelier*. París: Folio, 1974.
- VALLÈS, Jules. *L’enfant* [1878]. París: Le Livre de Poche, 1985.
- *Le bachelier* [1881]. París: Folio, 1974.
- *L’insurgé* [1886]. París: Le Livre de Poche, 1986.